



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LX. De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LX.

De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona.



ERA fresca la mañana (1) y daba muestras de serlo asimismo el dia en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cual era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáron-

se de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el

(1) Esto pasaba el 20 de noviembre, segun el plan cronológico de don Vicente de los Rios, desmentido por lo que luego se dice de la mañana de San Juan. — E. de Ochoa.

desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo : que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.

Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿qué es esto, quien me toca y desencinta? Yo soy, respondió don Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y así desátate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme (1) cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo don Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pie y arremetiendo á su amo se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con la manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia: ¿como traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor (2): vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aqui morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha (3).

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su libertad y albedrio el azotarse cuando quisiese.

(1) Espantarme las moscas, ó sacudirme: espression metafórica, que significa lo mismo que azotarse. — Arr.

(2) Estas son casi las mismas palabras que dijo el vil, el infame condestable Beltran Claquin, ó Bertrand du Guesclin, cuando riñendo en el campo de Montiel el rey don Pedro con su hermano el bastardo don Enrique de Trastámara, y teniéndole debajo, Claquin ayudó á don Enrique para ponerse encima de don Pedro, y así pudo matarle, y Sancho se las aplica á sí mismo, cuando por medio de la zancadilla dió con su señor en el suelo. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(3) Sancho aplica á su señor los dos últimos versos de un antiguo romance, compuesto sobre la tradicion de los *Siete infantes de Lara* (C. de A. p. 172). Gonzalo Gustos de Lara se casó con doña Sancha, hermana de Rui Velazquez, ó don Rodrigo de Lara. Este último por vengar una ofensa, entregó al rey moro de Córdoba su cuñado y sus siete sobrinos. El padre fue puesto en una prision perpétua despues que en la mesa le presentaron las cabezas de los siete infantes; mas como el amor de una mora, hermana del rey, lo sacase de la prision, y tuviesen en Córdoba un hijo á quien pusieron Mudarra Gonzalo, este vengó la sangre de sus hermanos en la de Rui Velazquez. Habiéndole encontrado un día de caza, le acometió; y aunque el otro le pedia tiempo para ir á buscar sus armas, le mató despues de haberle reprendido con los versos que cita Sancho:

*Espérame, don Gonzalo
Iré á tomar las mis armas.—
—El espera que tu diste
A los infantes de Lara:
Aqui morirás, traidor,
Enemigo de doña Sancha.*

(Cancionero de Amberes. pág. 172).

Levantóse Sancho, desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse



á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á don Quijote, que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y preguntándole que le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole á Sancho: no tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas, que tienes y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros (1) que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de

Barcelona: y así era la verdad, como él lo había imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros.

Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon mas de cuarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana, que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitán. Hallóse don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y en la maleta traía: y avínole bien á Sancho, que en una ventrera (2) que tenía ceñida venían los escudos del duque y los que habían sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara (3) y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, mas que de mediana proporción, de mirar grave y color morena. Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota (4) y con cuatro pistoletas, que en aquella tierra se llaman pedreñales (5), á

(1) Llamáronse *bandoleros* y *bandidos* estos ladrones foragidos por estar echado *bando* y *pregon* contra ellos para que cualquiera pudiese prenderlos, y aun matarlos, por sus muchos y muy notorios delitos.—Arr.

(2) Feja que ciñe el vientre; de aquí se dijo *ventrera*.—P.

(3) Le entresacara.—Arr.

(4) La *cota* ó *cota de malla*, que es como mas comunmente se llama, era una armadura hecha de anillos de acero, enlazados unos con otros, y por eso se llamaba de *malla*.—Arr.

(5) Eran unos arcabuces pequeños de que usaban los foragidos, y se llamaban *pedreñales* porque no se encendian con mecha, sino con *pedernal*.—P.

los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza : mandóles que no lo hiciesen; y fue luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caído en las manos de algun cruel Osiris (1), sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigurosas.

No es mi tristeza, respondió don Quijote, haber caído en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la orden de la andante caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mi mismo: porque te hago saber, oh gran Roque, que si me halláran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo: no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.

Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de don Quijote tocaba mas en locura que en valentía, y aunque algunas veces le habia oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos: ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél habia oído, y así le dijo: valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

Ya le iba á dar las gracias don Quijote, cuando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca (2), con sombrero terciado á la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual en llegando á él dijo: en tu busca venia, oh valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: Yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo, que don Vicente Torrèllas se llama, ó á lo menos se llamaba no há dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoróse á hurto de mi padre; porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dar quejas, ni á oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que

(1) Acaso sea distracción de Cervantes ó yerro de imprenta el decir Osiris por Busiris, rey de Argos, cuya crueldad es proverbial. — *Roque Guinart* ó mas bien *Pedro Rocha Guinarda*, fue un ladrón jóven y generoso, natural de Cataluña, que tuvo tanta reputación en su tiempo como en el nuestro el célebre ladrón andaluz *José María*. Rocha Guinarda estuvo robando desde 1607 hasta 1611 en que se acogió á un indulto y pasó á Nápoles. Hallase citado en las memorias de Commines. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Vestidura rústica abierta por la espalda, de que usan en las barcas. — Arr.

creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo , abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dejé entre sus criados , que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa : vengo á buscarte para que me pases á Francia , donde tengo parientes con quien viva , y asimismo á rogarte defiendas á mi padre , porque los muchos de don Vicente no se atrevan á tomar en él desafortada venganza.

Roque , admirado de la gallardía , bizarria , buen talle y suceso de la hermosa Claudia , la dijo : ven , señora , y vamos á ver si es muerto tu enemigo , que despues veremos lo que mas te importare. Don Quijote , que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho , y lo que Roque Guinart respondió , dijo : no tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora , que lo tomo yo á mi cargo : denme mi caballo y mis armas , y espérenme aquí , que yo iré á buscar á ese caballero , y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto , dijo Sancho , porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero , pues no ha muchos dias que hizo casar á otro , que tambien negaba á otra doncella su palabra ; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo , esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera.

Roque que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia , que en las razones de amo y mozo , no las entendió , y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio , mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados , y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia , y no hallaron en él sino recien derramada sangre ; pero tendiendo la vista por todas partes , descubrieron por un recuesto arriba alguna gente , y diéronse á entender , como era la verdad , que debia de ser don Vicente , á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban , ó para curarle ó para enterrarle : diéronse priesa á alcanzarlos , que como iban de espacio , con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brazos de sus criados , á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen allí morir , porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojárónse de los caballos Claudia y Roque , llegaron á él , temieron los criados la presencia de Roque , y Claudia se turbó en ver la de don Vicente : y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él , y asiéndole de las manos , le dijo : si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto , nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero , y conociendo á Claudia , le dijo : bien veo , hermosa y engañada señora , que tu has sido la que me has muerto : pena no merecida ni debida á mis deseos , con los cuales , ni con mis obras jamas quise ni supe ofenderte. ¿Luego no es verdad , dijo Claudia , que ibas esta mañana á desposarte con Leonora , la hija del rico Balvastro ? No por cierto , respondió don Vicente ; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que celosa me quitases la vida ; la cual , pues la dejo en tus manos y en tus brazos , tengo mi suerte por venturosa ; y para asegurarte desta verdad , aprieta la mano y recibeme por esposo si quisieres , que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido.

Apretóle la mano Claudia , y apretóse á ella el corazon de manera , que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada , y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque , y no sabia qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros , y trujéronla , con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia ; pero no de su parasismo don Vicente , porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia , habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia , rompió los aires con suspiros , hirió los cielos con quejas , maltrató sus cabellos entregándolos el viento , afeó su rostro con sus propias manos , con todas las muestras

de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Oh cruel é inconsiderada mujer! decía, ¡con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó á los criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse al monasterio, donde era abadesa una tia suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito: ofreció de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de don Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió dél llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿Pero qué mucho si tegieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?

Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de don Quijote. Llegado que fue Roque, preguntó á Sancho Panza si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que si, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Qué es lo que dices, hombre? dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dijo don Quijote, pero estímalos mi escudero en lo que ha dicho por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado, y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á don Quijote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dijo Sancho: segun lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese.

Llegó en esto uno ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: ¿has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero: Pues salid todos, replicó Roque, y traédme los aquí luego, sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y quedándose solos don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á don Quijote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, por-

que realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones; yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro.

Admirado quedó don Quijote de oír hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltar no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos estan mas cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de don Quijote, á quien, mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza.

Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adonde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: señor, nosotros somos dos capitanes de infanteria española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras, que dicen estan en Barcelona, con orden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permiten mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuele respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban: y uno de los de á caballo dijo: mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaria de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta; mirese á como le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo: viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres (1) que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque;

(1) Picaros, helitres, hombres vilés y ruines. — Palabra catalana que literalmente significa *ladron*.

pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo: vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvo conducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por esos contornos, no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrójar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agravio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido; y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: destos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvo conducto para los mayores de sus escuadras, y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole mas por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: este nuestro capitán mas es para frade (1), que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oírlo Roque, el cual echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y mas entendido hombre del mundo; y que de allí á cuatro dias, que era el de san Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba (2).

(1) Fraile.

(2) El estado de Cataluña y las costumbres de sus naturales, segun las describia en el siglo xvii Pedro Davity (t. IV, p. 136.), daban lugar á estos públicos desórdenes, que se corrigieron despues con el destierro de ciertas preocupaciones, con el aumento de la poblacion, de las artes, de la agricultura, del comercio y de la laboriosidad que tanto han florecido hasta ahora, y la han distinguido de las demas provincias de España.—P.

